

10 de diciembre

BEATO JERÓNIMO DE LA CIUDAD DE «SANT'ANGELO IN VADO», SACERDOTE O.S.M.

Memoria opcional

Jerónimo nació a principios del siglo XV en la ciudad de "Sant'Angelo in Vado". A temprana edad vistió el hábito de los Siervos de María en el convento de su ciudad natal, del que, por breve tiempo, debió ausentarse para llevar a cabo sus estudios. Ordenado sacerdote, regresó a su convento. Se distinguió por el amor a la soledad y al silencio, por el espíritu de contemplación, por el don de consejo y de prudencia. Murió en torno al 1468. El papa Pío VI aprobó su culto en el año 1775.



Del Común de santos y beatos O.S.M.

Oficio de lectura

SEGUNDA LECTURA

De los «Tratados sobre el evangelio de san Mateo» de san Cromacio, obispo

(Tratado XIX, 1-4: CCL 9A, pp. 285-287)

Con las obras de la fe y de la justicia debemos resplandecer como lámparas espirituales

Dice el Señor: *Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa (Mt 5,14-15).*

El Señor dijo a sus discípulos que eran la sal de la tierra, porque ellos, por medio de la sabiduría celestial, condimentaron los corazones de los hombres que, por obra del demonio, habían perdido su sabor. Ahora añade también que son la luz del mundo, ya que, iluminados por él, que es la luz verdadera y eterna, se convirtieron ellos también en la luz que disipó las tinieblas.

Puesto que él era el sol de justicia, con razón llama a sus discípulos luz del mundo, ya que ellos fueron como los rayos a través de los cuales derramó sobre el mundo la luz de su conocimiento; ellos, en efecto, ahuyentaron del corazón de los hombres las tinieblas del error, dándoles a conocer la luz de la verdad. También nosotros, iluminados por ellos, nos hemos convertido de tinieblas en luz, tal como dice el Apóstol: *Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; más ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz (Ef 5, 8).*

Y también: Todos sois hijos de la luz e hijos del día.

No somos de la noche ni de las tinieblas (ITes 5, 5). En este mismo sentido habla san Juan en su carta, cuándo dice: *Dios es luz (1Jn 1,5), y el que permanece en Dios esta en la luz, lo mismo que él está en la luz (1Jn 1, 7).*

Por tanto, ya que tenemos la dicha de haber sido liberados de las tinieblas del error, debemos vivir siempre como hijos de la luz.

Y añade: *No se puede ocultar una ciudad situada en lo alto de un monte (Mt 5, 14).* Esta ciudad significa aquí la Iglesia; a ella se refieren muchos pasajes de la sagrada Escritura, y en especial el salmista, que dice de ella: *¡Qué pregón tan glorioso para tí; ciudad de Dios! (Sal 86, 3).* Como también: *El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios (Sal 45, 5).* Y dice asimismo: *Lo que habíamos oído lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios: que Dios la ha fundado para siempre (Sal 47, 9).* Y para que se vea con toda claridad que el Espíritu Santo habla de esta ciudad, menciona también el monte cuando dice: *En la ciudad de*

nuestro Dios, en su monte santo (Sal 47, 2). Por consiguiente, identifica la ciudad puesta en lo alto de un monte con la Iglesia, levantada en la gloria celestial sobre la fe en el Señor y Salvador nuestro; ella, superando con su dinamismo espiritual toda la pequeñez de la limitación humana, se hace visible a los ojos del mundo, en todo su esplendor; ya no se trata del anuncio velado de la antigua Ley, sino que es proclamada claramente a través de las enseñanzas evangélicas.

Y añade: *Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa (Mt 5, 15).* Veamos también el sentido de esta afirmación del Señor. Sabemos que una lámpara se enciende precisamente para esto, no para ser cubierta con el celemín o con cualquier otro objeto que la tape, ya que, en este caso, de nada serviría, sino que se enciende en el candelero a fin de que, colocada en un lugar alto, disipe la ceguera de la oscuridad nocturna y así los que están en la casa puedan beneficiarse de su luz. El Señor emplea esta imagen para enseñarnos que nosotros hemos sido encendidos con el don de la fe e iluminados por la luz del Espíritu para que brillemos como lámparas espirituales, por nuestras obras de fe y de justicia, y de este modo podamos comunicar la luz de la verdad de Cristo a los que se hallan en las tinieblas del error, librándolos de la noche de la ignorancia. En este sentido dice el Apóstol: *Entre ellos brilláis como antorchas en el mundo, presentándoles la Palabra de vida (Flp 2, 15-16).* Así, pues, aquella lámpara resplandeciente, encendida para nuestra salvación, debe brillar siempre en nosotros. Poseemos, en efecto, la lámpara de los mandatos celestiales y de la gracia espiritual, acerca de la cual afirma el salmista: *Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mis senderos (Sal 118, 105).*

RESPONSORIO

Mt 5, 16; Col 3, 17

R/. Que brille la luz de ustedes ante los hombres; * Para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos.

V/. Y todo cuanto hagan o digna, háganlo en nombre de Jesús.

R/. Para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos.

O bien:

En el corazón prudente habita la sabiduría

Jerónimo nació a principios del siglo XV en la ciudad de Sant'Angelo in Vado, en la región de Umbría, y tuvo unos padres profundamente cristianos que lo educaron en el amor de Dios y de su ley. Al llegar a la adolescencia, vistió el hábito de los Siervos de María en el convento de su ciudad natal, del cual debió ausentarse por algún tiempo a causa de sus estudios. Se aplicó al estudio de la filosofía y de las ciencias sagradas, hasta conseguir el grado de bachiller. Una vez ordenado sacerdote, volvió a su convento, donde abrazó una vida de gran austeridad: se entregó con ardor a la práctica de la penitencia y a la contemplación de las cosas divinas, en el silencio y en la soledad, sin abandonar por ello las obligaciones de la vida en común ni las obras de caridad.

Mientras vivía en Sant'Angelo desempeñó el cargo de vicario de la provincia romana. Entorno al año 1450, fue fundado un monasterio femenino, adscrito a la Orden de los Siervos de María y dedicado a santa María de las Gracias; en él vivió y se distinguió por sus virtudes la beata Victoria, su conciudadana. El beato Jerónimo, lleno de celo pastoral, se preocupó también por el bien de la gente; y así, entre las demás tareas del ministerio, se destacó como un experto consejero, a tal punto que el duque Federico de Urbino le tenía en gran estima y le pedía consejo en asuntos importantes, aunque el hombre de Dios, deseoso únicamente de entregarse al Señor, procuraba evitar los honores y el trato frecuente con la corte.

Murió hacia el año 1468. Muy pronto una gran multitud de fieles empezó a acudir a su sepulcro para implorar su intercesión ante Dios. Poco después de su muerte, al crecer la fama de sus

milagros, la voz popular lo honró con el título de Beato. Su cuerpo se conserva, casi incorrupto, bajo el altar mayo de la iglesia de los Siervos de María, donde es honrado con gran afluencia y veneración de los fieles. El papa Pío VI aprobó su culto en el año 1775.

RESPONSORIO

Prov 2,10-11; Tob 4,19; Prov 2, 2

R/. Si la sabiduría entra en tu corazón y la ciencia recrea tu espíritu * El buen consejo velará sobre ti y la prudencia te cuidará.

V/. Pide consejo al prudente, y no desprecies un consejo útil.

R/. El buen consejo velará sobre ti y la prudencia te cuidará.

ORACIÓN

Interceda, Señor, por nosotros el beato Jerónimo, a quien tu llenaste de admirables dones del Espíritu Santo, a fin de que, llenos de la sabiduría de Cristo, actuemos en todas las circunstancias de la vida con prudencia y madurez de juicio. Por nuestro Señor Jesucristo.